

EL CEMENTERIO DE GUADUAS

I

En una hermosa y apacible tarde del mes de agosto paseaba yo en sabrosa compañía con un buen amigo, contemporáneo y condiscípulo mío, una de las pocas relaciones de colegio que conservo. Habíamos elegido el Agua Nueva, como el más agradable y pintoresco punto de vista que tienen los alrededores de Bogotá, y a paso lento seguíamos las sinuosidades del camino que costea las faldas de las colinas, deteniéndonos de vez en cuando para admirar el hermoso panorama de la inmensa sabana.

Conversábamos, como era natural en estos tiempos de turbulencias, acerca de la suerte desgraciada de nuestra Patria, y nos explayábamos en tristes reflexiones sobre su porvenir, no obstante los grandes elementos de prosperidad y de dicha que encierra por todas partes. Esa valiosísima planicie que se desplegaba a nuestra vista, hasta los pies de la Cordillera Oriental; esa riquísima mina de sal gema que limitaba el norte de nuestro horizonte; y más allá los encantados valles, donde se produce en abundancia y de excelente calidad el metal más útil al hombre, el hierro; esas interminables vetas de carbón mineral que, corriendo debajo de nuestros pies, se extienden por muchas leguas a lo largo de la cordillera que pisábamos, y que suelen asomar a largos trechos a la superficie....

—Oh! nuestra tierra es un inmenso emporio de riqueza natural, decía mi amigo, pero no hay quien lo aproveche, ni aun quien lo admire, cosa para la cual no se necesita capital ni ciencia.

—Verdaderamente, no hay cifras con qué calcular las riquezas que en medio siglo produciría a nuestro país el solo carbón mineral, si pudiese ponerse al alcance del comercio y de la industria del mundo civilizado.

—¿Y en qué estado se hallan todos estos preciosos veneros? En el mismo en que estaban hace cien años, poco más o menos, si se exceptúan algunas mejoras que se han hecho en la explotación de ciertos productos, y el mayor valor territorial que el transcurso del tiempo naturalmente ha dado a nuestra fértil Sabana.

—Y reduciendo el círculo de nuestras observaciones para contraernos a los objetos que nos rodean, aquí tiene usted, agregó mi compañero, este famoso acueducto, por sobre el cual vamos andando, construido en tiempo del atrasado y tiránico Gobierno colonial, hoy destruido, arruinado, conduciendo trabajosamente a la ciudad una menguada y asquerosa corriente de agua. Mire usted esa que fue pintoresca colina de Egipto, de tan gratos recuerdos para todos los bogotanos, antes cubierta y asombrada por numerosos árboles y arbustos, por entre los cuales descollaba su romántica capilla, a manera de una ciudadela, hoy despojada de su verdor y sombra, desapacible y árida como todo lo de este tiempo. Esa bella quinta que vamos a descubrir dentro de pocos instantes, construída por un sujeto rico y de buen gusto, para obsequiar a la esposa de un Virrey el día de su cumpleaños, regalada después a Bolívar por la Municipalidad de Bogotá y cedida más tarde por éste a uno de sus más íntimos amigos; esa quinta hermo세ada por él con fuentes de mármol, surtidores y estanques; esa quinta en otro tiempo tan animada, tan poética, hoy desierta y solitaria; llorando sus más hermosos árboles seculares, tronchados por manos bárbaras, en ausencia de su dueño!... ¡Todo ha cambiado! ¡Un velo fúnebre parece que cubre cuanto nos rodea para hacerlo triste y sombrío!

—Déjese usted de esas imaginaciones melancólicas, decía yo a mi interlocutor: es que la edad va haciéndonos ver las cosas de un modo distinto de aquel con que las veíamos en los días rosados de nuestra niñez y juventud, cuando todo nos parecía dorado y lleno de encantos. Nos quejamos de las bujías que no dan bastante luz, y son nuestros ojos los que ya no ven.

—¿Sí? me contestaba, pues dígame usted, que todavía no he acabado. Sobre todas esas cosas de que estamos hablando, vamos viendo los restos o las huellas de sucesos infandos, las señales de nuestra barbarie política. Mire usted esa misma quinta; estas colinas

que pisamos; aquellos campos de San Diego; los que en segundo término se avanzan hasta El Chicó, hasta Usaqué... Todo eso está cubierto de huesos humanos.... No hay duda que la política entiende mucho de agricultura y de abonar los campos con despojos animales.

Tuerza usted la vista por la izquierda, pase por el gran cementerio que tenemos enfrente, y verá que no son sólo los cráneos de los que pagan allí su entrada los que yacen amontonados: en sus alrededores también blanquean los de multitud de infelices que llevó allí la maldita política; infelices, sí, porque no sabían por qué morían, ni quién los mataba.... brazos arrancados a la agricultura.

Pase usted adelante, y casi en línea recta descubrirá los campos de La Culebrera y Buenavista; vuelva a la derecha y hallará las colinas de Tenjo y Tíquisa.... y aún más allá la ciudad de los Zipas....; la misma escena.... huesos y cráneos mezclados con balas ya oxidadas por la humedad.

Gire usted a la izquierda, y casi al frente nuestro verá usted los campos de Subachoque, de odiosa recordación; la extensa rambla de Santa Bárbara.

Haga usted un cuarto de conversión, y mirando frente a frente al sol, que se pone en este momento, descubra usted, casi en el centro de la Sabana, el puente Grande con su hermosa calzada y camellón, y el cerrito del Santuario.... *même décoration!*

Siga usted girando, como si estuviera ejecutando un cuadro mimoplástico, y se encontrará con los campos de Bosa y el puente del mismo nombre. Siempre el mismo río, callado y perezoso, teñido con sangre granadina.

Concluya usted la vuelta y verá Las Cruces y Santa Bárbara, y San Juanito y las calles y plazas de Bogotá.... Siempre los mismos huesos, por dondequiera los mismos cráneos!!! Y los más antiguos de esos huesos no cuentan todavía medio siglo! (1).

Oh! si, como en otro tiempo, se hallara el Profeta donde estamos nosotros ahora, e interrogando a esos huesos les mandara levantarse y hablar, ¡qué de cosas

(1) ¡Y qué diríamos hoy!!!

no dirían! ¡Cuántos testigos que depondrían contra la infernal política de nuestra República! ¡Cuántos acusadores de la ambición y de las pasiones de algunos de los que han dirigido esa política!... Venga, venga usted en una noche oscura, y verá brillar entre la neblina, con una luz opaca y azulada, esos huesos fosfóricos, y de entre esos cráneos de los infelices labriegos verá elevarse entre las tinieblas los fuegos fatuos que asustan a los ignorantes y que contristan al filósofo y al verdadero patriota!

—Y yo agrego otra reflexión, no menos filosófica, repliqué: si los anacoretas y padres del yermo tenían siempre a su lado un cráneo, como objeto de meditación, que les recordaba constantemente la nada de este mundo miserable y engañoso, sin ser anacoreta solitario, todo filósofo político debiera tener en su gabinete, como los médicos, una de estas ruinas humanas, recogida en los campos de batalla, para meditar, en sus momentos de lucidez, sobre los espantosos efectos de las pasiones inherentes a su profesión. ¡Qué meditación tan fructuosa y benéfica sería esta, si los hombres fueran susceptibles de escarmentar en calavera ajena!

—¡Si a lo menos les tocara en suerte, añadió mi amigo, el cráneo de uno de esos militares calaveras, ambiciosos, agitadores y enredistas, habría tela cortada para muchos días, y aun años, de meditación.

—Mejor sería tal vez, repliqué, que les tocara la de un pobre indio, o del hijo único de una viuda desamparada; uno de esos patriotas que van amarrados a la guerra, y se hacen matar sin saber por qué, ni para qué, ni por quién; sin entender una palabra de principios, ni de fines ni de medios; de esos que no tienen más bandera que la veleta de la torre de su pueblo, ni más programa que su mujer y sus hijuelos y el cuidado de venir a la ciudad a hacer los recaudos necesarios para proveer a su subsistencia.

—Por desgracia, añadió, todas las calaveras se parecen, y en llegando a ese estado el hombre o la mujer, lo mismo son Alejandro, César o Napoleón, que cualquiera de nuestros Presidentes, Prefectos o Alcaldes, y lo mismo es Catalina de Rusia o Madama Staël que una india leñadora.

II

—A propósito, me hace usted acordar —dije a mi compañero, sentándome en una gran piedra, e invitándole a hacer otro tanto— me hace usted recordar una de las escenas de mi vida que jamás se borrarán de mi memoria y que tengo anotada entre mis apuntes.— ¿Ha estado usted en Guaduas?

—Como siete u ocho veces, me parece.

—¿Conoce usted el cementerio de aquella villa?

—Nunca he tenido curiosidad de visitarlo.

—Es bonito el cementerio de Guaduas, si es que puede serlo alguno, aun el del Padre La Chaise, en París.

—Eso es según: la belleza es relativa, y en la misma melancolía y pensamientos tétricos suelen hallarla algunas personas.

—Pues bien: yo estaba de paso en aquel lindo lugar en el mes de enero de 58. Seis años antes había ido también allí con una triste misión: la de exhumar los restos de un amigo mío, muerto en esa villa, para conducirlos a Bogotá; y aquella circunstancia había hecho mi llegada en esta vez menos placentera que en otras.

Cuando entro a una población pequeña y tengo que detenerme en ella, mi primera visita y mi primer saludo es para el dueño de casa, o sea el señor del pueblo; me dirijo al templo, y entrando en él, me postro durante algunos minutos para orar. Si el viaje ha sido feliz y agradable, doy gracias por ello; si ha habido contratiempos o molestias, también doy gracias porque éstos no han sido mayores. Si ha habido algún acontecimiento desgraciado.... ¡que se haga la voluntad de Dios, y que no se repita!

Después de esta visita, si he de quedarme algunos días, mi segundo saludo es para los muertos, antes de saludar a los vivos; y en Guaduas cuánto mayor razón tenía para ser galante con ellos! ¡Tantos amigos como ya no existían y cuyos restos descansaban en el lugar bendito, última morada de los cristianos! Los nombres de Acostas, Samperes, Guzmanes, Acevedos, Cabrerías y otros, respetables o queridos, reclamaban mi presencia en el lugar santo.

Habiendo llegado al caer de la tarde, la iglesia estaba todavía cerrada y no pude entrar; dirigime, pues,

al cementerio por la senda que ya me era familiar; pasé el puente que atraviesa el río San Francisco, y pronto llegué a la modesta, o más bien diré, a la *Sublime Puerta* que cierra el paso a los indiscretos. Aquella tarde, no sé por qué, la habían dejado abierta, y así no tuve necesidad de ir en busca del guardián. Entré como a mi casa, aunque lleno del respeto que inspiran tales lugares, mezclado con cierta melancolía producida por tristes reflexiones y aumentada por la hora misteriosa del crepúsculo. Comencé a recorrer el sagrado recinto con mi sombrero en la mano, como lo acostumbro siempre que hago una visita a los muertos.

Examinaba los nombres e inscripciones puestos en aquellos nichos. ¡Cuántos nuevos huéspedes, decía yo, han venido a este lugar desde la última vez que en él estuve! No me atrevía a hollar la hierba que crecía profusamente en el centro de aquel circo misterioso y que, al soplo de la brisa de la tarde, se mecía como para saludar al recién venido, acariciando al mismo tiempo las humildes cruces de madera que salían de entre la tierra, algunas de las cuales se inclinaban sobre ella como para abrazar los restos del que yacía debajo de ellas.

Hay otra cosa que no puedo dejar de hacer cuando entro a un cementerio —después de rezar un *De profundis*, como recuerdo de los que allí están— y es recitar maquinalmente alguna estrofa de aquel gran poeta inglés que también, y mejor que otro alguno, ha sabido describir los encantos fúnebres de estas mansiones, tan pobladas y al mismo tiempo tan solitarias. «No arde el hogar para ellos», decía pensando en estas pobres ruinas de la humanidad:

No arde el hogar para ellos, ni a la tarde
Se afana la mujer, ni a su regreso,
Los hijos balbuciendo hacen alarde
De trepar sus rodillas por un beso.

Boato de blasón, mando envidiable,
Y cuanto existe de opulento y pulcro,
Lo mismo tiene su hora inevitable;
La senda de la gloria va al sepulcro.

Lejos del vil furor del vulgo insano,
 Nunca en vanos deseos se excedieron,
 Y por el valle de un vivir lejano
 Su fresca senda sin rumor siguieron.

.....

Mas, protegiendo contra todo insulto
 Estos huesos aquel túmulo escaso,
 De rústica escultura en verso inculto
 Pide el tributo de un suspiro al paso*. (1)

Y por ese estilo iba repitiendo cuantas estrofas me venían a la memoria, de la sentida elegía de Gray.

Había llegado a colocarme enfrente de una tumba que me era muy conocida y en cuya puerta se leía un nombre querido. Mientras la contemplaba, sonó en el campanario de la iglesia el toque de oraciones, voz elocuente que arranca de los labios del cristiano un involuntario *Ave María*, y esto, sacándome de mi abstracción, me hizo recordar que debía retirarme. No quise hacerlo sin acercarme a la modesta capilla y entré en ella para decir adiós al lugar bendito. Salí inmediatamente y me dirigí a la puerta; pero ¡cuál fue mi sorpresa al encontrarla cerrada!.....

II

Mi primera impresión fue de terror, sentimiento pueril de que no puede prescindir el hombre en ciertos momentos. Llamé inmediatamente, y viendo que nadie ocurría, comencé a dar voces, pero en vano: no hallaba respuesta, y solamente el eco las repetía en el recinto de los muertos, como burlándose de mí. Conociendo que eran inútiles mis esfuerzos por aquel lado, intenté subir sobre una de las paredes, pero no había modo de hacerlo. Me dirigí de nuevo a la capilla, y colocando debajo de una ventana una gran mesa que servía para depositar los cadáveres, subí sobre ella y comencé a llamar otra vez.

Allí se presentó a mi vista el espectáculo, siempre imponente y bello, del día que se despide: el sol se había ocultado y sólo quedaban en el horizonte algunas

(1) Traducción de Miralla.

fajas de oro, que figuraban los últimos galones de ese manto esplendente de luz, los cuales pronto también se ocultarían.

La noche se venía más que de prisa; un enjambre de luciérnagas y otros insectos fosfóricos, y una nube de moscardones comenzaban a inundar el aire, y aquéllas brillaban como diamantes puestos entre los arbustos. Era la escena microscópica del mundo: para tal iluminación tales músicos. La orquesta se reforzaba con las chicharras y los sapos, que hacían de bajos; todos los buenos ejecutantes habían callado al acercarse las tinieblas. Pero en compensación, los ricos aromas del jazmín y del azahar, tan deliciosos en los climas templados, penetraban en aquella mansión de la muerte.

No había por allí cerca ni una casita, ni un rancho, ni habitante alguno que pudiera oírme. ¿Qué hacer en tan crítica situación? Volverme a la *puerta negra*, con sus calaveras y huesos pintados en blanco, y ya medio desteñidos por la acción del aire y del sereno. Al llegar a ella oigo a lo lejos, mezclado con el murmurio del río, el sonido de voces que vienen cantando un bambuco de aquellos que hacen vibrar todas las cuerdas del alma; aplico el oído, se acercan.... ¡gracias, Dios mío! ¡Estoy salvo! Qué habría sido de mí en aquel recinto fúnebre, a medianoche, cuando, según la frase de Hamlet, «es la hora en que los sepulcros se abren, las sombras se levantan!....»

Y no eran parte a tranquilizarme las reflexiones que me hacía a mí mismo, ni la idea de que me hallaba entre amigos y gente de paz, y en tierra bendita. Además, ¿qué no pensaría mi compañero de viaje a quien había dejado en la posada?

Las voces se acercaban más y más y eran de hombre y mujer, acompañadas por un sonoro tiple diestramente rasgueado. Al llegar a veinte pasos de distancia, percibí sus palabras, que eran coplas populares, y parecía que los cantores se desafiaban a improvisar, según la costumbre del campo. La voz femenil de contralto, que parecía fresca, como de persona joven, decía en mal medidos versos:

Cada día se muere alguno
Y lo llevan a enterrar;
Si de amor *alguen* se muere,
Pronto a mí me llevarán.

El tenor contestaba:

Ella vive allá en la loma,
 Yo vivo en el cementerio;
 Que por querer a una ingrata
 Hace tiempos que estoy muerto.

¡Habría cosa m as rara!, decía yo. ¡Pues no parecen hechos a propósito estos versos para la situación! Esto me hacía hallar analogías con el sepulturero de Shakespeare, que cantaba alegremente mientras cavaba una fosa. Sin duda los cantores que por all  solían pasar acostumbraban ahuyentar el miedo, saludando a los muertos con alguna cantinela.

Al llegar enfrente de la puerta, a cuatro pasos de donde yo estaba, comenzaba de nuevo la mujer otra copla:

Para asustarme un difunto
 Se salió del camposanto.

Aquí se representó la escena muy al vivo, pues comencé yo a dar fuertes golpes en la puerta, y a grandes voces decía: « olal tengan ustedes la bondad de acercarse»; con lo que la chanza de la cantora se volvió de veras, pues fue tal el espanto, que, creyendo que yo era, en efecto, el difunto que venía a asustarla, puso pies en polvorosa, dando unos gritos descomunales. Pero el compañero, m as reflexivo o menos miedoso, aunque vacil  un poco, al fin se resolvió a acercarse por ver lo que aqu ello podía ser; y como la luna comenzaba a levantarse espléndida y limpia, penetrando por entre las rendijas de la puerta, conoció que ni mi traje ni mi cara eran de difunto, y me pregunt  qué hacía all . Yo le referí lo sucedido, y le supliqu  me hiciese el favor de ir en busca de la persona que pudiera sacarme del encierro; y para esforzar mi súplica, le arrojó por la rendija una moneda. Media hora despu es estaba ya libre de mi prisión, y haciendo reir grandemente a mi compañero con la relación de la fúnebre aventura, la cual, si yo hubiera sido poeta, me habría dado materia para escribir un *Diálogo de los muertos*, o una oda como la de Quintana, *El Panteón del Escorial*, o bien un *Miserere* como el de N n ez de Arce, aunque no estaba yo all  entre reyes y potent-

dos, sino entre buenos cristianos y gentes honradas que poco habrían tenido que decir.

Uno de los circunstantes añadió entonces:

—Pues sepa usted que se escapó de que la aventura fuera más seria, como lo habría sido si se hubiera anticipado a llegar ayer, pues anoche estaban depositados en la capilla del cementerio dos cadáveres. ¡Qué espectáculo tan triste y conmovedor! Figúrese usted que en el camino de aquí a Chaguaní encontraron el cuerpo de una mujer, como de unos treinta años de edad, junto con el de un niño de pechos; tal vez por un accidente repentino, o por un paso falso, había descendido de lo alto de una barranca y recibido el golpe en la cabeza, cayendo sobre la pobre criatura!.... Daba compasión ver aquella mujer, joven todavía, blanca y de facciones regulares, tendida sobre la mesa, con su hijo reclinado sobre el seno, como en actitud de buscar el pecho de la madre!....

Confieso que, a pesar de mi despreocupación, no pude menos de horrorizarme al pensar que hubiera tenido que pasar tal vez una noche entera al lado de aquellos cuerpos, que, por mucho que me interesaran, eran al fin, dos cadáveres.

III

—¡Vaya! Que todo ha sido hoy calaveras y canillas, como si estuviéramos en noviembre, dijo mi compañero de paseo, levantándose.

—¡Qué quiere usted! eso somos todos, y en eso nos hemos de convertir. Nuestra tierra misma no es más que un esqueleto disfrazado. Pero usted tiene razón: hablemos de cosas más risueñas. Cabalmente allí se alcanza a divisar la Quinta de Bolívar, que a la generación que termina le recuerda risas y fiestas, amores y placeres, como que por mucho tiempo durante la ausencia de sus dueños fue el punto favorito de reunión de la buena sociedad para frecuentes paseos.

—Lo recuerdo muy bien, agregó, como que entonces había venido yo a estudiar a Bogotá. Sus inmensos árboles seculares, sus bellos jardines, abundantes aguas cristalinas, baños deliciosos, retretes y cenaderos asombrados por enredaderas, sus tortuosos senderos formados por millares de rosales que embriagaban literal-

mente con su aroma: todo hacía de esta quinta la mansión sin rival, digna de Bolívar.

—Note usted que ha conservado este nombre, a despecho del tiempo, de las pasiones políticas y del cambio de dueños que ha tenido. En sus mocedades fue la Quinta de Portocarrero, nombre que conservó, aun siendo de la Municipalidad de Bogotá; después fue Quinta de París, etc. Otro tanto ha sucedido con la Plaza de Bolívar en la ciudad.

Aquí volvíamos el recodo que hace el camino hacia el Oriente. La perspectiva que teníamos a la vista no podía ser más hermosa ni más variada: enfrente, en primer término, el sólido edificio de la fábrica de tejidos, que tiene cierto aire extranjero; en seguida el río del Boquerón, que baja por entre grandes piedras; pocos metros más allá la encantada quinta con los árboles frondosos que aún quedan de su tupido bosque, y su mirador o kiosco; en último término, las colinas por donde sube la indecisa senda que conduce a Monserrate, salpicada a trechos con sus ermitas de piedra, descanso y escala del devoto peregrino. A la derecha la maciza cordillera, que parecía desplomarse sobre nosotros con sus enormes rocas, y coronada en otro tiempo por dos capillas, como dos fortalezas que guardaban la ciudad (1). A la izquierda el extenso mar de verdura que se prolonga por ocho leguas al Occidente, alfombra riquísima tendida a los pies de la capital, y en lontananza, escalonadas, las dos grandes cordilleras, Oriental y Central, descollando en esta última el cono del Tolima con su peluca blanca, y las demás alturas nevadas que ciñen el horizonte como una faja de plata.

A nuestros pies se extendía la ciudad, que en leve curva recorre de Norte a Sur, dos millas, y una de Oriente a Occidente. Desde allí habríamos podido contar sus veintiséis torres y campanarios, que en aquel momento nos alegraban con sus repiques. Sólo faltaba para completar tan grandioso panorama la vista de las colinas de Egipto, y de los pintorescos paisajes de Llano de Mesa, Fucha y Casablanca que se nos ocultaban a la espalda.

(1) Aún no estaba reedificada la de Guadalupe cuando esto se escribía,

Permanecimos buen espacio en silencio, contemplando esa belleza siempre nueva, iluminada oblicuamente por los últimos rayos del sol, y respirando con delicia el aire delgado y puro que desciende del boquerón. Sólo nos movíamos de vez en cuando para ceder el paso a algunas indias orientales —que así pueden llamarse las de Choachí y Ubaque—, las cuales bajaban al mercado con sus jaulas y atillos, o sus bestiecitas parcamente cargadas.

—Amigo mío, dije al fin, suspirando, ¡cómo me recuerda esa quinta los regocijados días de mi juventud y las dichosas horas que pasé debajo de esos árboles, a la sombra de aquellos curubos, tendido sobre la espesa grama, o al pie de aquel gran chorro bullicioso en que me lavaba las manos y la cara sin necesidad, y sólo por el placer de ponerme más en contacto con él. ¡Cuántas historias y episodios más o menos románticos me vienen a la memoria, de aquella época feliz de la vida en que todo se ve al través de un velo perfumado y luminoso!

—Pero no me ha dicho usted cuál fue el fin de la aventura aquella del cementerio de Guaduas.

—A eso iba yo. Lo principal de la aventura délo usted por terminado; pero tiene una segunda parte, bien triste por cierto. Me había vuelto el alma al cuerpo con mi salida de aquel lugar fúnebre, que durante el día me parecía poético, pero que con la ausencia de la luz tomaba un aspecto espantoso y aterrador. Contento, pero preocupado, como un ratón que ha logrado escapar de la trampa, me hallaba esa misma noche con mi compañero de viaje en el balcón de la casa de un excelente amigo, que nos había ofrecido hospitalidad. Habíamos salido a tomar el fresco, no obstante que el clima de Guaduas es, como usted sabe, suave y apenas templado, aun durante el día, y como desde allí se dominaban por sobre las casas bajas de enfrente las paredes, la portada y capilla del cementerio, contemplábamos a la suave luz de una blanca y perezosa luna aquel sitio que tantas impresiones me había causado ese mismo día. ¡Qué extraño contraste, qué caprichosa mezcla de sensaciones agradables y tristes! Respirábamos un aire fresco y puro, embalsamado con el perfume de los jazmines de todas las huertas de las casas circunvecinas, y de los naranjos y demás plantas aromáticas

propias de los climas templados. Percibíamos, en medio del silencio solemne de la noche, el grato rumor del cercano río que hasta nosotros traía el viento. Multitud de luciérnagas atravesaban en todas direcciones; en fin, los mil ruidos nocturnos, misteriosos e indescriptibles, nos anunciaban por todas partes la vida exuberante, el movimiento incesante de los seres que viven; y todo ello hacía contraste con la paz y el silencio de la muerte, asilada en el estrecho recinto de una hectara de tierra solitaria que teníamos enfrente.

Conversábamos a intervalos, fumando un cigarro, recostados sobre la baranda del balcón, cuando, en un momento en que la luna se ocultó enteramente entre una espesa nube, vimos elevarse por sobre las paredes del cementerio un globo o llama de una luz azulina, como la del azufre o el fósforo, la cual anduvo algún trecho a poca altura, y en dirección a nosotros, que era la misma del aura que soplabá, hasta que al fin se extinguió.

—Si los espíritus viniesen a este mundo, dije yo, y tomasen alguna forma, creería que esa llama es de alguno de los amigos que duermen allí su último sueño, y que esta noche ha venido a visitar los restos mortales que dejó en este mundo.

—Y si yo fuera preocupado o supersticioso, agregó mi amigo, creería que este era un aviso para alguno de los dos.

--Vaya!, repliqué, una cosa tan natural y tan frecuente como los fuegos fatuos, no tiene significación ninguna, y solamente los niños y las gentes vulgares pueden temerles.

—Sin embargo, hay momentos en que el ánimo está dispuesto a preocuparse con cualquier cosa, por insignificante que sea.

Al día siguiente salimos muy temprano a respirar el aire de la mañana y dar un paseo. Maquinalmente nos dirigimos hacia el puente que atraviesa el río y seguimos el camino que conduce al cementerio. Al llegar al frente de la puerta, que en aquellos momentos estaba abierta, mi compañero, curioso de conocerlo y de ver el lugar de mi aventura de la vispera, se dirigió allá, y juntos entramos cuando los primeros rayos del sol reflejaban oblicuamente en sus blancas paredes. Mi ami-

go se detuvo a leer algunas místicas inscripciones, y se paró distraído delante de una de ellas; al acercarme yo, me dijo:

—Aquí está enterrado un tocayo mío;—y nota otra coincidencia: tenía la misma edad que yo.

Acerqueme y vi que, en efecto, decía *Luis González*. Luis se llamaba también mi compañero y tenía veintiocho años, la misma edad, según la cuenta que hicimos, del que allí había sido enterrado hacía cinco.

—Se diría que es mi epitafio —dijo Luis—, queriendo disimular su preocupación con una sonrisa.

—¡Vaya, hombre! no digas disparates. Vámonos de aquí, interrumpí.

Y tomándolo por el brazo salimos a continuar nuestro paseo, lo cual nos distrajo un tanto de las tristes impresiones de aquella visita matinal.

Ese mismo día siguió Luis para Honda, y yo permanecí en Guaduas, donde un negocio importante me retenía. Al cabo de ocho días regresó aquél, y en el promedio del camino comenzó a sentirse indispuerto. Al llegar al Guaduas ya la fiebre era ardiente, y continuó agravándose sin intermisión. Al fin se declaró una de aquellas malignas que allí suelen ser epidémicas, y de que han sido víctimas muchas personas del interior. Inútiles fueron todos los recursos de la ciencia y los más exquisitos cuidados, míos y de los habitantes de ese villa. Luis sucumbió al cabo de nueve días....

Lleno de dolor asistí a sus modestas exequias, y después lo conduje al camposanto para depositarlo en la la bóveda que se le había destinado. ¡Era la misma en que había estado Luis González!

Desde entonces jamás he podido burlarme de lo que se llama presentimientos del corazón.

Al siguiente día comenzaban las afamadas fiestas de agosto que anualmente se celebran en Guaduas, y yo monté a caballo, no para asistir a los *encierros* de los toros, sino para regresar a buen paso a Bogotá.